

EL TUTOR ANTE EL DEBILITAMIENTO DE LA FAMILIA: INVITAR A UN PROYECTO TRASCENDENTE

Luis Manuel Martínez Domínguez
Licenciado en Ciencias de la Educación
Centros Educativos Canarios

Si se considera al tutor «*de la clase*» sin más, su responsabilidad se muestra intrascendente, no va más allá de lo meramente organizativo. Sin embargo, ser tutor de personas singulares e irrepetibles es un encargo de máxima responsabilidad, que va más allá de lo meramente académico y que tendrá, a la postre, una repercusión importante en las decisiones libres del tutelado que le conducirán a forjar su proyecto personal, esencial para llegar a la plenitud de la existencia como ser humano.

Pero este proyecto no surge del tutor, y mucho menos de la nada, sino de la persona en cuestión dentro de una familia bien proyectada y con criterio que se ofrece de modelo para sus hijos, suscitando en éstos el deseo de dar un sentido trascendente a sus vidas. El tutor, por tanto, no sustituye a los padres en esta función orientadora, sino que refuerza la formación que los padres quieren para sus hijos. De ahí la importancia de que los padres puedan elegir libremente el colegio de sus hijos, así como los hijos tengan libertad para elegir su propio proyecto de vida.

Con respecto al proyecto, distinguimos tres planteamientos generales: gente sin proyecto, individuos con proyectos intrascendentes y personas con proyectos trascendentes.

Gente *sin proyecto* son aquellos que viven al día, buscando situaciones placenteras sin pensar en las consecuencias y eludiendo todo tipo de responsabilidades. Como resultado, viven de lo que proyectan otros. Han renunciado a cualquier aspiración en la vida y lo único que esperan es divertirse próximamente.

Individuos con *proyecto intrascendente o inmanentes* son los que tratan de organizar sus vidas en busca de algo que les colme de autoafirmación. Son proyectos que se abren hacia dentro, no hacia fuera, fundamentados en el gusto, en las apetencias, y claro, desde que estos proyectos encuentran algún obstáculo o dificultad, dejan de gustar o apetecer y por tanto, dejan su razón de ser generando grandes problemas.

Las personas con *proyectos trascendentes*, paradójicamente, lo que buscan es la negación del propio yo para afirmarse en del tú. Es en la perfecta donación de su ser donde encuentran el sentido de su vida y la satisfacción más plena.

Según la calidad de los proyectos, tendremos una calidad de familia y tal como sea la familia, así será la sociedad, porque así es la persona.

La familia es la unidad básica de la sociedad humana y constituye el centro formador de la vida afectiva y moral de la persona.

Es fundamental para la civilización humana porque representa el medio de desarrollo de personas que debieran ser socialmente útiles aunque a veces, por desgracia, extravían su camino.

Vivimos en una época exigente para ser padre, pero más todavía para ser niño. Esto debido a la cantidad de influencias y distracciones que dificulta pensar e ir más allá de lo puramente sensorial. El hombre, con capacidad de razonar, de amar y de albergar esperanza se ve reprimido en sus facultades espirituales y relegado a una sobredosis de placer que acaba por aburrir porque no colma estas capacidades superiores. Sólo un proyecto personal trascendente permite al ser humano desarrollar por entero todo su potencial y encontrar su plenitud en el amor.

El cambio es tan vertiginoso hacia ninguna parte que los padres necesitan algo más para educar a sus hijos. De entrada, establecer con claridad el proyecto familiar: ¿Qué familia queremos ser? ¿A dónde queremos llegar?

No basta con preocuparse, hay que ocuparse. Exigir con confianza en sí mismos y en los hijos, con mucha autodisciplina y control emocional. Con dotes sociales suficientes para manejar sus relaciones familiares y todo, en un clima de deportividad y optimismo.

La familia es la «escuela de la vida» donde el niño aprende a vivir en sociedad y de este primer ambiente formativo emana su desarrollo psicológico, moral y espiritual.

Está claro que esto no sale sólo: requiere esfuerzo, recordatorios y ayuda. Tal y como está planteada nuestra sociedad, los padres deben tener la destreza suficiente para encontrar la ayuda necesaria, de lo contrario, el pulso contra el ambiente puede llegar a ser insostenible.

En mi trayectoria como orientador he podido trabajar a fondo con decenas de familias y de forma más genérica con cientos de ellas. De todas he aprendido, y sigo aprendiendo todos los días, así como de mis compañeros con mayor experiencia. Podría relatar historias bellísimas de madres y padres *buenísimos*, entregados a la ardua tarea de educar a sus hijos llegando a forjar hogares luminosos y alegres. Curiosamente, estos padres son los que con más interés acuden a las tutorías de sus hijos o a charlas y cursos de orientación para padres.

El perfil de estos padres suele coincidir con el de una *persona con proyecto trascendente*, es decir, personas de criterio que han sabido formarse y van desarrollando armónicamente

todas sus dimensiones humanas, en especial, la dimensión espiritual en pos de su fin último como persona. Son personas que saben entregarse por entero al proyecto existencial que ellos mismos han elegido para sí, venciendo todas aquellas inclinaciones e imperfecciones que le apartan de ese fin.

Sin embargo, en esta comunicación no nos detendremos en este perfil de padres. Trataremos, más bien, de nuestra experiencia con padres de familia insuficientemente desarrollados es decir, *con proyecto intrascendente*, que no logran transmitir a sus hijos los valores necesarios, puesto que ellos mismos carecen de éstos.

Y no hablamos de casos aislado, basta con atender a los medios de comunicación o simplemente, otear entre los vecinos o conocidos para darnos cuenta que abundan los malos padres, en el sentido técnico. Padres moralmente indefinidos, ambiguos, con escasos conocimientos para educar adecuadamente a sus hijos ya que hasta el momento ellos han sido ineptos para educarse a sí mismos en lo que constituye el supremo conocimiento humano: el adueñarse de la propia persona para conducirse hacia el sentido trascendente de su propia vida. Dominarse a sí mismo para tender hacia el verdadero amor y evitar ser controlado por las pasiones animales.

Al decir padres insuficientemente desarrollados no nos estamos refiriendo a padres analfabetos. Posiblemente los padres actuales tengan mayor formación intelectual que en generaciones pasadas, pero esta capacidad no los convierte en mejores padres. Se trata de personas con una dilatada formación académica y profesional: con conocimientos y destrezas suficientes para triunfar ante el mundo... pero no ante su familia. En definitiva, son personas inteligentes pero descriteriadas.

Cuando un hombre *en su proyecto intrascendente* contrae matrimonio con una mujer similar involucra la duplicación de sus respectivas incapacidades ya que en vez de unirse por el genuino amor y la plenitud lo hacen por sus respectivas carencias, motivo por lo que esta familia difícilmente constituirá un núcleo adecuado para un buen desarrollo de los hijos. Salvo excepciones, representará, por el contrario, condenar a los descendientes a la más vulgar mediocridad, dificultándoles hasta la imposibilidad el desenvolvimiento de las facultades humanas superiores.

Si bien se entiende que no es de la incumbencia de un tutor tratar sobre la calidad humana de los padres, si es de su competencia abordar todos aquellos factores que puedan dificultar la formación integral del alumno que le ha sido asignado. En este sentido, aunque no sea requerida la ayuda por parte de los padres, el tutor, si es responsable, tiene la obligación de intervenir a favor de su tutelado para tratar de superar el reduccionismo psíquico y existencia a la que le están relegando sus padres.

Es cierto que la regla no impide la excepción y que grandes hombres y mujeres han nacido en hogares muy limitados en este campo.

Nos resulta evidente por nuestra propia experiencia profesional así como por lo ofrecido en los medios de comunicación, que la familia promedio no está capacitada para educar a los

hijos en la adopción de valores espirituales trascendentes y que debe realizarse en ella un verdadero proceso de rehabilitación espiritual para desarrollar su correcto poder formativo. Es un hecho que una gran cantidad de padres no logran transmitir a sus hijos valores trascendentes, lo que resulta crucial para el hijo que empieza a plantearse su propio proyecto existencial.

No se trata de que los padres tengan que manejar represivamente a los hijos, u obligarlos a adoptar sus propias costumbres, sino que tengan una auténtica autoridad moral sobre ellos, para convertirse en figuras dignas de emulación y no en motivo de descalificación o menosprecio, como ocurre tan comúnmente. Al revés, ocurre que muy frecuentemente son los padres quienes admiran ciegamente a sus hijos y se convierten en lacayos psicológicos de éstos, los que al saberse idealizados de tal forma, se sienten poseedores de la verdad y el absoluto libre albedrío, cayendo fácilmente en la depravación moral y subdesarrollo del carácter y la voluntad.

La falta de unos padres que detenten autoridad moral en la familia, puede producir un clima de ambigüedad crónica, donde el niño imita malos ejemplos o no logra encontrar una figura significativa a la cual emular y respetar.

Los padres *con proyecto trascendente*, aglutinan a la familia a su rededor por la magnitud de sus logros internos como seres humanos, despertando el respeto y admiración de sus hijos, que desean emular la magnitud de la realización espiritual de sus progenitores, constituyendo el mejor núcleo formativo de sus integrantes.

Solo el poder formativo de una familia creada por una pareja de seres *trascendentes*, puede guiar a sus integrantes a una calidad superior de vida. Una calidad de vida que permite la única auténtica libertad de la persona de auto poseerse para estar en condiciones de la auténtica donación del yo al tú. Lo que implica vencer las propias pasiones para ser dueño de sí mismo y poder entregarse al verdadero Amor.

Estamos convencidos de que con el incremento de familias dirigidas por padres *con proyectos trascendentes*, cambiaría la vida de una nación y en progresión, el destino del mundo. Vale la pena el esfuerzo por llegar a los padres.

No obstante, existen fuerzas reaccionarias que se oponen al establecimiento de esta calidad de vida superior. Son los desertores de la eternidad: alucinados caminantes que dedican su existencia a buscar los espejismos que el mito del progreso material ilimitado ha provocado, mientras el ser real permanece paralizado y acongojado en la más profunda soledad, tristeza e impotencia.

Como la vida en esas condiciones sería insoportable el hombre ha generado toda una estructura de evasión y compensaciones para que el individuo, despersonalizado, pueda, por lo menos transitoriamente, paliar la desdicha interna de permanecer desvinculado de su verdadera esencia y, por ende, distanciado de Dios.

1. Invitar a las familias a un proyecto trascendente

Ya hemos manifestado que excede al tutor tales funciones, incluso está por encima de la demanda de las familias y generalmente, de la empresa en la que trabaja. Por tanto, la motivación no es externa, pero tampoco interna. Es necesaria un motivo igualmente trascendente que de sentido al esfuerzo. Si lo que se busca, sin más, es el aprecio y el reconocimiento de las familias tratadas, puede provocarse la frustración del tutor al no encontrar respuesta positiva a sus desvelos.

Si bien no es tarea directa del tutor intervenir en la vida familiar de sus tutelados, si lo es contrarrestar los factores que bloquean su educación. Y como hemos hecho ver, existen dinámicas familiares que perjudican el desarrollo del *proyecto personal* de los hijos.

Otra opción es pasar: «*si los padres no se preocupan, no puedo hacer nada*». Tal vez sea lícita esta postura pero algo pusilánime. Habría que preguntar a ese tutor para qué está ahí. Quizás sería mejor en ese caso darle la jubilación anticipada y ofrecer su puesto a otro profesional con más ilusión por su trabajo. Lo cierto es que si estás leyendo este artículo, es porque verdaderamente tienes ilusión por hacerlo mejor, por lo que te seguiremos ofreciendo nuestra propuesta.

El tutor no tiene que imponer nada, ni si quiera es de su incumbencia el decir a los padres como tienen que educar a sus hijos. Igual que un padre no tiene derecho a dictaminar como el profesor tiene que impartir su asignatura. El tutor más que sermonear se debe dedicar a escuchar y comprender. Con este planteamiento podrá captar con más claridad las dimensiones del problema y dejará a un lado las soluciones enlatadas que poco aportan en estos casos.

Se trata de hacer pensar, de inducir, de impulsar aquellas aptitudes que los padres ya tienen adquiridas pero que por circunstancias no las llevan a cabo. Esto de entrada suena bien pero ¿cómo hacer pensar a los padres?

2. Cómo hacer para que los padres piensen

Primero debemos conseguir un trato regular. Si hablamos con los padres una vez al trimestre no es suficiente, especialmente en estos casos. Existe una alta correlación entre niño con problemas y padres que no asisten a tutoría, por lo que habrá que emplear la creatividad para quedar con los padres. Conviene insistir pero sin acosar que siempre es desagradable. Más bien se trata de recordar con delicadeza y buen humor lo que ellos han establecido que quieren hacer.

Partimos de una realidad: los padres, por naturaleza, quieren lo mejor para sus hijos y hacen lo que está de su mano para que así sea. El problema está cuando se mira con la miopía de un *proyecto intrascendente*, donde sólo ve que lo mejor para los hijos es colmarlos de bienes materiales. En otras ocasiones se llegan a plantear bienes más profundos pero el ritmo de la vida los diluye. En caso que existan incoherencias entre este deseo y su actitud habitual, habrá que ir haciéndoselo ver, pero sin caer en la trampa de decirles lo que tienen que hacer. De ser así, ya no les estaríamos haciendo pensar.

Si estamos de parte de los hijos, también lo estamos del lado de los padres. No tiene sentido echar en cara nada, lo más que se lograría es bloquear la comunicación. La familia promedio se ve afectada negativamente por la excesiva oferta de consumo que hace entender a los padres que lo mejor para sus hijos es que tengan de todo, que estén siempre a gusto. Se llenan de fantasías la cabeza y entran en una espiral de consumo por la que deben dedicar todo su tiempo y esfuerzo laboral a ganar dinero necesario para satisfacer sus deseos, hecho que imposibilita o frustra toda posibilidad de un mínimo autoanálisis y cuestionamiento de su vida y de la situación de su familia.

Ante una persona que no se plantea pensar no vale la pena dar la lata, hay que tener «pillería». El tutor más que dirigir, tiene que cuestionar lo que van planteando los padres: remover los cimientos de su endeble planteamiento existencial con intención de reconstruir sobre pilares sólidos. No consiste tanto en trazar a los padres nuevas exigencias externas, sino tratar de orientarlos desde el interior de sí mismos.

Para lograr este propósito son muy importantes las técnicas de interrogatorio. Pero antes deberemos ganarnos su confianza.

Existen muchos aspectos que debemos cuidar para ganarnos la confianza de las familias que tratamos, pero no nos podemos extender. Por un lado destacamos que el tutor debe ser una persona de criterio, de pensamiento profundo y de probada virtud: una persona auténtica y sincera. Por otro lado, subrayamos un asunto que nos resulta fundamental y muy fructífero: «*Hablar siempre bien de todo el mundo y sólo lo conveniente*». Si el tutor hace comentarios personales de otros padres, profesores o niños se podría traducir: *Tengo tanta confianza en ti que te cuento esta información privilegiada: has tú lo mismo*. Sin embargo, el efecto es el contrario: *si este tutor me cuenta las intimidades de otros, ni de broma le mencionaré las mías porque saldrán publicadas en la prensa y si habla mal de aquel a mí me pondrá fatal*.

Y al contrario: si de esa persona, que sé yo que es un sinvergüenza, *es capaz de hablarme bien de mí hablará maravillas*.

Hay asuntos de la vida familiar que sólo se pueden abordar si existe verdadera amistad entre los padres y el tutor. Sin embargo, no es exigible, y frecuentemente no es posible, que el tutor dedique tiempo extra a ganar esta amistad. Tendrá que ser lo suficientemente hábil para entablar confianza mediante las conversaciones de tutoría.

Pero no se parte de cero, existe un motivo y una empatía que une a los padres y al tutor: el educando. Cuando los padres escuchan a su hijo hablar entusiasmado de su tutor, el trabajo está medio hecho. Y si además, se les manda una nota o se les da un telefonazo para felicitar al niño por su cumpleaños o mostrar interés por algún suceso extraordinario en la familia, o una visita al hospital por la operación de un miembro de esta, mejor todavía.

Una buena entrevista no se improvisa. Si no se tiene claro el planteamiento podemos acabar en una postura defensiva ante posibles acusaciones o críticas de las padres. Otra posibilidad es vernos desorientados al seguir como *manso corderito*, las *bombas de humo* que nos puedan lanzar estos para evitar ciertos temas.

Ante las críticas o situaciones tensas hay que mantener la calma. Dejar hablar y así también tendremos tiempo para pensar. Respirar profundamente para reducir pulsaciones y si es necesario, retirar la atención del asunto que nos perturba, mirar a nuestro alrededor fijando la atención en algo y esperar que se calme nuestro interlocutor. Seguidamente, mostramos interés por sus observaciones e incluso se las agradecemos si es el caso. Y si es posible, le pedimos, con tacto, que nos concrete un poco más *qué quiere que hagamos*. Es una buena ocasión para presentarnos como un ser humano que también necesita que le ayuden y no como un experto incuestionable.

Normalmente, los padres «histéricos» se agarran a un comentario desafortunado de su hijo o en un hecho aislado para crear un castillo de fantasía que al pedir que sea concretado no encuentran respuesta porque no existe, por lo menos del modo en el que ellos lo pintaban. Quizás den ganas de *entrar a matar y cantarles las cuarenta* pero no interesa: bloquearíamos la comunicación y habríamos perdido el tiempo.

Si controlamos la entrevista haremos pensar a los padres y le daremos la vuelta hasta dejarla en el tono y en punto de partida que nos interesa: *estamos todos en el mismo bando y buscamos lo mismo*. Incluso, podemos lubricar con algún toque de humor que entra fácil tras la descarga emocional.

Una vez estabilizada la situación conviene saber interrogar. No interesa formular preguntas de modo causal: *¿Por qué no estáis dedicando a vuestros hijos el tiempo necesario?* Lo normal será que lo interpreten como una acusación y se pondrán a la defensiva. Más bien, somos partidarios de las preguntas abiertas: *¿Qué tiempo dedicáis a vuestros hijos?* Damos la oportunidad de oír su versión.

Al ofrecerles nuestra información conviene evitar comentarios acusadores e inexactos: *«Fulanito lleva toda la semana sin pegar ni sello» «habíamos quedado en que le miraríais la agenda todo los días y no lo habéis hecho»*. Más realista sería mostrar lo que han hecho aunque sea poco: *«Fulanito se sienta a trabajar pero enseguida se distrae, hace además de seguir trabajando cuando se lo sugiero pero dura poco tiempo...» «El día que le mirasteis la agenda fue fantástico, trajo todo los deberes y estaba contentísimo, claramente tenemos que seguir con este plan»*.

Tienen que notar que somos sus aliados, y para eso es buena técnica involucrarnos en los planteamientos: *¿Qué está en nuestra mano para que Fulanito no se olvide de hacer las tareas?*

Para hacer pensar a los padres es buena técnica el aparentar confusión, hacerse los despistados, que nos expliquen lo obvio, señalar contradicciones pero evitando la confrontación.

Preguntar dos veces sobre lo mismo, así conseguimos que piensen realmente la respuesta. La primera contestación suele ser bastante estereotipada, la segunda suele llevar una carga mayor de reflexión.

A largo plazo debemos tener paciencia y perseverancia: escuchar lo que nos tienen que decir, plantear una pregunta esperando la respuesta y sólo se dan explicaciones cuando no entiendan algo.

Es fundamental una buena dosis de flexibilidad y creatividad con capacidad para adaptarnos a las singularidades lícitas de cada familia.

Es importante ser positivos, elogiar sin condicionantes y especificando porqué. Esto animará a los padres a tratar de hacer las cosas cada día mejor. Recordarles lo mal que lo hacen con sus hijos no aporta nada. Incluso provoca que estos busquen justificaciones y nos alejemos de la solución. Además, es injusto porque hay muchas cosas que si hacen muy bien.

Hay que saber ponerse en el pellejo de los padres. Una buena técnica es la *paráfrasis*, repetirles lo mismo que ellos han dicho con lo que se sienten entendidos y reconocidos. Además, se consigue que ellos aclaren sus propios pensamientos y sentimientos. Y a la vez, les estamos enseñando a expresarse con más claridad.

Con todo esto podemos conseguir un objetivo terapéutico fundamental: Hacerles caer en la cuenta de la realidad. ¿Quiénes somos? ¿Qué queremos ser? ¿A dónde vamos? ¿Y qué tenemos que cambiar para lograrlo?

Debemos prever consecuencias y hacer a los padres responsables de sus actos: *Si lo llevo a saber no le compro la moto...* No da igual una actitud u otra, hacer esto o lo otro. Todo lo que hacemos tiene consecuencias y debemos saberlo.

Tampoco se trata de amenazar. Debemos evitar el «*efecto de oposición*», una reacción natural ante alguien que nos trata de intimidar. En este sentido, la tarea del tutor es, más bien advertir de las consecuencias pero los padres siguen siendo libres de hacer lo que consideren oportuno. Es importante que se sientan dueños de las decisiones tomadas sobre su familia. Y en cualquier caso deben sentir que caminados a su lado aunque estemos seguros de que su decisión esa equivocada. Debemos mantener la puerta abierta para que puedan volver a acudir a nosotros.

Pero no es suficiente con hacer pensar: hay que concretar, plantear objetivos y trazar un plan. Un plan total. No basta con soluciones pasajeras, hay que profundizar y vivir cara a la eternidad. El tutor debe ofrecer unos cimientos sólidos en donde construir pero es la familia y concretamente cada uno de sus miembros quienes tienen que tomar la autodeterminación de cambiar su aburrido plan intramundano por un proyecto trascendente con el que vivir día a día.

Hacer de la familia una fiesta donde la alegría surge del amor y no del mero bienestar. Tener tiempo para contemplar a los miembros de su familia, entonces sólo se les ama, se les aprueba como son, y eso mismo es la esencia de la fiesta. Lo decía bellamente un Padre de la Iglesia: *ubi caritas gaudet ibi est festivitas.*